

LITERATURA MEDIEVAL

Volume II

ACTAS DO IV CONGRESSO
DA
ASSOCIAÇÃO HISPÂNICA DE LITERATURA MEDIEVAL
(Lisboa, 1-5 Outubro 1991)

Organização de
AIRES A. NASCIMENTO
e
CRISTINA ALMEIDA RIBEIRO

EDIÇÕES COSMOS

Lisboa
1993

© 1993, **EDIÇÕES COSMOS e ASSOCIAÇÃO HISPÂNICA
DE LITERATURA MEDIEVAL**

Reservados todos os direitos
de acordo com a legislação em vigor

Capa

Concepção: Henrique Cayatte
Impressão: Litografia Amorim

Composição e Impressão: EDIÇÕES COSMOS

1ª edição: Maio de 1993

Depósito Legal: 63839/93

ISBN: 972-8081-05-7

Difusão

LIVRARIA ARCO-ÍRIS

Av. Júlio Dinis, 6-A Lojas 23 e 30 — P 1000 Lisboa
Telefones: 795 51 40 (6 linhas)
Fax: 796 97 13 • Telex: 62393 VERSUS-P

Distribuição

EDIÇÕES COSMOS

Rua da Emenda, 111-1º — 1200 Lisboa
Telefones: 342 20 50 • 346 82 01
Fax: 347 82 55

Sobre la Influencia de las *Caídas de Príncipes* en el *Amadís de Gaula* y las *Sergas de Esplandián*

Emilio J. Sales Dasí

B.U.P.

Uno de los aspectos más sobresalientes que se desprenden del estudio conjunto del *Amadís de Gaula* y las *Sergas de Esplandián* es la intensificación del elemento ejemplar. Impulsado por un propósito didáctico, el regidor medinés Garcí Rodríguez de Montalvo siembra su mundo de ficción de un caudal de sabrosas enseñanzas y lo convierte en un verdadero «espejo de príncipes». Para ello Montalvo dispone de un modelo literario concreto: las *Caídas de príncipes* de Boccaccio, título que menciona en el prólogo del libro IV del *Amadís*¹, y que, desde nuestro punto de vista, influye de forma decisiva en su trabajo de refundición y creación. A lo largo de estas páginas esperamos arrojar algo de luz sobre estas influencias. De momento, dejamos la palabra a las sabias afirmaciones del profesor Cacho Blecua, quien nos dice: «Muchas de las glosas del *Amadís* reiteran un tema recurrente, el de la fortuna y el de la caída de príncipes, para el que Rodríguez de Montalvo contaba con (...) el *De casibus virorum illustrium* de Boccaccio»².

Efectivamente, en el *Amadís* y en las *Sergas* el tema de la fortuna se constituye en referencia obligada tanto en las glosas del narrador como en los diálogos de los personajes. Dueña de los bienes terrenales, de su inestabilidad y sus caprichosas mudanzas se nos da cuenta una y otra vez. No obstante, y esto es lo que nos interesa señalar, por encima de atribuciones tan tópicas, de sobra conocidas por los escritores del XV³, Montalvo se acerca al certaldense para convertir a la fortuna en elemento central de su discurso aleccionador. Ambos autores parten de idénticas premisas para explicar e interpretar las distintas situaciones por las que discurren sus personajes⁴. Desde una perspectiva cristiana, la imagen de la fortuna se identifica, en repetidas ocasiones, con la voluntad de la siempre omnipresente providencia divina. Por otro lado, la fortuna puede ser utilizada como eficaz comodín en el intento de disuadir a los humanos de su apego por los bienes terrenales. En cualquier caso, la presencia de este tema permite la enunciación de unos contenidos morales y de unas pautas de conducta que no deben ser olvidadas por el lector. Así nos lo recuerda Boccaccio en sus *Caídas de príncipes*: en esta obra los temas de la fortuna y de las caídas son inseparables; famosos personajes de la antigüedad clásica, de procedencia bíblica o histórica, demuestran con sus venturas y desventuras cuál es el camino a seguir. Aunque la lectura que se deriva de estos ejemplos no deja de ser familiar, nos remitimos a ella puesto que, al fin y al cabo, esto es lo que vamos a encontrar en las diversas intervenciones de Montalvo. Piensa el escritor certaldense que el hombre dispone de unos medios que Dios le ha otorgado para forjar su destino. Cada acto, cada conducta que el hombre lleva a cabo, es valorada por la Providencia, y tras el juicio llega el premio o el castigo. De acuerdo con este criterio, Boccaccio niega la arbitrariedad de la fortuna⁵, y dice: «(los judíos) sin disciplina alguna, murmurando, errando contra Dios e dexando la derecha carrera seguían sus voluntades, y ensañando a Dios a sabiendas buscaban las desaventuras que les venían, y de las manos de la fortuna las sacavan» (fol. 26, cap. IX, L. II)⁶. En el mismo sentido, Boccaccio combate la opinión de que los astros determinan el destino de los hombres⁷, y a ellos se dirige para decirles que «no deven poner culpa a las estrellas, cuando el cuytado procuró e buscó su desaventura» (fol. 38, cap. II, L. III).

Por su parte, Montalvo se muestra discípulo aventajado y argumenta en términos similares: «Y si algunos dijeren que la fortuna suya lo ha hecho, no creas que otra fortuna hay, sino el

bien que de Dios viene, y así, no menos el mal que los hombres se acarrean, partiéndose de sus mandamientos, y siguiendo los que le son contrarios» (*Sergas*, p. 406, cap. II)⁸.

Hasta ahora, en un nivel, llamémosle especulativo, las afinidades que presentan ambos autores son manifiestas. Pero, lo mismo podríamos decir respecto de otros escritores del XV, pensemos en el Arcipreste de Talavera. Por eso, aducimos a continuación unos pasajes que nos reafirman en nuestra hipótesis. Recién comenzada su obra, nos dice Boccaccio que Lucifer, «el primer soberbio», sufrió una «irreparable cayda», e idéntica fue la suerte de aquel gigante Nembrot, señor del «humano linaje» después del diluvio, el cual «con mayor sobervia (...) ymaginó de hazer un edificio como que fuesse camino hecho por gradas para subir al cielo, y lo tirar al Señor que en el estava» (fol. 4, cap. IV, L. I). En ambos casos, la caída del individuo se entiende como un castigo de la Providencia ante el desorden moral introducido en el mundo por una conducta soberbia, aquella que impulsa a los personajes a equipararse con Dios. ¿No es esto lo que también quiere decirnos Montalvo? En el capítulo XIII del *Amadís*, el medinés arremete contra los soberbios y les plantea esta cuestión: «Dezíme, ¿por qué causa fue derribado del Cielo en el fondo abismo aquel malo Lucifer? No por otro sino por su gran sobervia. Y aquel fuerte gigante Membrot que primero todo el humano linaje señoreó, ¿por qué fue de todos ellos desamparado (...)? No por ál, salvo porque con su gran sobervia quiso hazer una escalera a su manera de camino pensando por ella sobir y mandar los cielos» (p. 360). La impronta de Boccaccio en estas líneas es inequívoca: los mismos personajes, con idénticos atributos, dominados los dos por el pecado de la soberbia. Otra vez la soberbia, el factor que desencadena la caída del rey Lisuarte y pone en serio peligro la continuidad del orden caballeresco en el *Amadís de Gaula*.

J. D. Fogelquist, tras estudiar la evolución moral y política del rey Lisuarte, considera el texto de Boccaccio como claro paradigma al cual se atiene fielmente nuestro regidor medinés. Según este crítico, con una finalidad doctrinal: «encaminar a los reyes y príncipes hacia el conocimiento de Dios, el narrador les señala que Dios envía golpes de fortuna a Lisuarte»⁹. La trayectoria del personaje se utiliza, pues, con un valor demostrativo. Pero, ¿cuáles son las causas que dibujan la línea descendente en el devenir de Lisuarte? Para responder a esta pregunta, creemos obligada la referencia al texto de las *Caídas*. Allí nos encontramos con que la Fortuna y la Pobreza, lejos de ser simples conceptos abstractos, mantienen una dura lucha cuerpo a cuerpo. Al final, no podría ser de otro modo, de acuerdo con unos presupuestos aleccionadores la Pobreza derrota a su pomposa adversaria, y ordena que: «la desaventurada sea públicamente en un palo atada e ligada con rezas y firmes cadenas, por tal manera que no pueda entrar en casa de ninguno, mas que de aquel lugar donde estuviere atada no se pueda partir, salvo si aquel que la viniere a buscar, la desatare de las cadenas que la tovieren ligada» (fol. 39, cap. II, L. III). Si cambiamos de escenario, veremos como las afirmaciones del narrador medinés sobre la decadencia de Lisuarte se enlazan perfectamente con la cita que acabamos de leer. Estamos en el capítulo LXXXIII del L. III del *Amadís*, Montalvo interrumpe el relato para apostrofar al caduco monarca, a él le dice «así que si la fortuna bolviendo la rueda te fuere contraria, tú la desataste donde ligada estava» (p. 1312). El episodio del enfrentamiento alegórico entre la Fortuna y la Pobreza, del que también se hacen eco el Arcipreste de Talavera en su *Corbacho* y fray Martín de Córdoba en su *Compendio de fortuna*¹⁰, se sitúa ahora como telón de fondo al que Montalvo recurre en su glosa. Del mismo modo, y siguiendo con un comentario sobre la estructura de esta breve digresión, se evidencia un notable paralelismo con los puntos básicos que conforman el esquema general de las historias narradas en las *Caídas de príncipes*. Normalmente, cada capítulo empieza con una referencia al linaje del protagonista, linaje real en la mayoría de los casos. A continuación, Boccaccio nos hace partícipes de los éxitos y triunfos del personaje hasta que llega a la cumbre de la fama; entonces, ya sea la fortuna, ya sean los propios pecados, el individuo sufre una serie de adversidades que le sumen en la postración, la cual puede materializarse en la muerte, la pobreza o la soledad del destierro. Por último, el narrador, al final o en el capítulo siguiente,

hace una breve retrospectiva sobre la trayectoria negativa del personaje que, además, le permite plantear diversas consideraciones en tono doctrinal acerca de sus vicios y virtudes, extensibles, por otra parte, a todo el género humano.

En el *Amadís* la narración de la caída de Lisuarte rebasa los estrechos límites de un capítulo, incluso tendremos que esperar a las *Sergas* para observar como Montalvo rehabilita el prestigio del personaje, dando cuenta de la misericordia de la Providencia. No obstante, podemos contrastar el esquema que sigue el certaldense en sus *Caídas* con la glosa a la que antes aludíamos. En primer lugar, Montalvo intenta conmover al lector, y por eso se dirige a Lisuarte a través de una interrogación retórica: «¿qué se puede aquí dezir?», para, inmediatamente, entrar en una revisión retrospectiva de lo que ha sido el devenir del personaje hasta su caída. De él se dice que fue «infante desheredado», pero su favorable ventura le hizo «señor de tal cavallería por la cual en todas las partes del mundo eraspreciado y en gran estima tenido». Sentado en la cumbre de la fama, algo ocurre para que este rey pierda su gloria de antaño: «Y no se sabe — dice el narrador — si por la misma ventura ser tornada en desventura o por tu mal conoscimiento lo as perdido, recibiendo tan gran revés». Al llegar a este punto, todos sabemos, y así lo indicará Montalvo, que no han sido los caprichos de la fortuna los que han desencadenado este revés, sino el propio personaje, el cual no ha sabido usar adecuadamente de su libre albedrío, para corresponder a las mercedes que de Dios recibió en su día. Lisuarte ha desatado las cadenas de la fortuna y, por tanto, es el único responsable de su estado. Recordemos que en el *Tratado de Providencia contra Fortuna*, Diego de Valera le expone al Marqués de Villena cuales son las armas que los grandes señores deben sostener para impedir los achaques de la fortuna. De las pautas de conducta que allí se citan, destacamos dos: el gran señor debe servir a Dios y debe «mucho trabajar de aver tres o quatro personas fiables, con quien todos los fechos (comunique)»¹¹. En el incumplimiento de estas normas reside, precisamente, la causa de la caída de Lisuarte. Dando crédito a las falsas informaciones de sus envidiosos consejeros Brocadán y Gandandel (cap. XXXII, L. I)¹², el rey desata la enemistad con Amadís y sus amigos. Seguidamente, el mismo Lisuarte no acepta los consejos de sus seres más allegados y decide casar a su hija Oriana con Patín, emperador de Roma. El monarca se ha dejado llevar por su soberbia, no teme a Dios, y hace caso omiso de las leyes al querer desheredar a Oriana del trono de la Gran Bretaña en favor de su hija Leonoreta. De este modo, el comportamiento del rey rompe con unos esquemas político-morales de origen divino, y la Providencia deberá intervenir para restablecer el orden; en esta ocasión, permitiendo los enfrentamientos que tendrán lugar en el libro IV entre los romanos y el rey Lisuarte frente a Amadís y los suyos.

Desde una óptica claramente providencialista, la caída de Lisuarte se interpreta como un acto más de la justicia divina. Como dice Boccaccio¹³, del Señor proceden los grandes estados y los hombres tienen la misión de mantenerlos con una conducta virtuosa, de lo contrario, se precipitarán en el abismo. Para evitar que esto ocurra, nuestros autores advierten al lector de tales peligros. En sus libros serán reprendidos los comportamientos inmorales y exaltadas las buenas costumbres. Se critica el afán por los bienes terrenales que aparta a los humanos de la vía salvadora y los enreda entre tantos pecados de codicia, vanagloria y soberbia. En este contexto, vuelve a cobrar importancia la referencia a la fortuna. Si ella es dueña de los placeres y riquezas mundanales, y estos bienes son perecederos¹⁴, los hombres no deben confiar en los halagos de la ventura, sino decidirse por las glorias que no tienen fin, y para alcanzarlas sólo disponen de un medio: la fe en Cristo y la búsqueda de la «silla firme»¹⁵.

De acuerdo con esto, piensa Montalvo que todavía es posible la regeneración moral de Lisuarte, y así acontecerá en las *Sergas*. Frente al *Amadís*, este quinto libro de la saga supone la síntesis de las acciones virtuosas. Los golpes de la fortuna han enseñado a Lisuarte a desconfiar de las vanas pretensiones terrenales. El soberbio monarca del *Amadís* se transforma en las *Sergas* en un rey arrepentido y temeroso de Dios, para el que la humildad es el más preciado tesoro. Por la humildad, dice Boccaccio «son abaxados los yerros e pecados

ymaginados» (fol. 22, cap. II, L. II). Esta misma virtud es la que ayudará a su nieto Esplandián a magnificar la fama del linaje con la adquisición del trono de Constantinopla. Para el nuevo héroe de las *Sergas* la fortuna no es un obstáculo, sabe que ella «no tenía poder de le estorbar, lo cual esperaba del Señor muy poderoso en quien muy firmemente creía y tenía por remedio» (p. 490, cap. XCIII). Esplandián se conduce como buen cristiano, del mismo modo que Montalvo hubiera deseado que lo hicieran sus contemporáneos: combate a los infieles, sigue el ejemplo de Cristo y no se deja arrastrar por las vanas pompas mundanales; por eso sus palabras permanecen como una consigna: «si yo de vencer te tengo, — le dice a un adversario — ha de ser con bravo y fuerte corazón, teniendo la voluntad humilde y con lo justo conforme, así como él por nos salvar, padeciendo, nos lo dejó por ejemplo» (p. 413, cap. VII). Este es el nuevo ideal de caballero que Montalvo propone a la sociedad de su época, un modelo digno de imitar en la guerra que, contra los turcos, espera el autor emprendan sus monarcas, los Reyes Católicos¹⁶.

En el *Amadís* y las *Sergas* se percibe, pues, un designio ejemplar que, como indicábamos al principio, salpica las fabulosas aventuras caballerescas con unos contenidos didácticos que en gran parte derivan de Boccaccio. Cuando el medinés amonesta contra la codicia o alaba las virtudes de la pobreza o la templanza¹⁷, sus afirmaciones quedan autorizadas por lo que dicen las «historias antiguas», denominación tras la que se esconde el texto de las *Caídas*. En esta obra podremos hallar los hechos más destacados de algunos personajes clásicos que Montalvo aduce como ejemplo en sus libros. En los capítulos II y III del libro octavo de las *Caídas*, se nos dice que el rey Sapor de Persia, tras haber derrotado al emperador Valeriano, le afrenta cabalgando sobre su lomo. Sin duda alguna, el monarca persa actúa con gran soberbia. Así lo reconoce Esplandián cuando, después de tomar la villa de Galacia, incita a sus caballeros a la misericordia con los vencidos criticando aquello «que el rey deste imperio de Persia obró con el emperador de Constantinopla; que habiéndole vencido y preso en el campo, le hacia poner las palmas y rodillas en el suelo, y subiéndose con gran soberbia de su corazón, cabalgaba en él» (*Sergas*, p. 509, cap. CIX).

A pesar de que la extensión de este trabajo no nos permite detenernos en un estudio más sistemático, pensamos que los argumentos esgrimidos aclaran algún aspecto de la labor autorial de Montalvo. Opina el padre F. G. Olmedo que tanto las digresiones morales como los ejemplos y doctrinas del *Amadís* y las *Sergas* pertenecen, casi todas, al medinés¹⁸. Por nuestra parte, vamos más allá en la afirmación y hacemos responsable a Montalvo de todos los comentarios didáctico-morales que aparecen en ambos textos¹⁹. Los temas expuestos en ellos revelan una estrecha familiaridad con las *Caídas* de Boccaccio, obra que, además, suministra unos modelos alegóricos que Montalvo desarrollará en los capítulos XCVIII y XCIX de las *Sergas*²⁰.

Por último, el influjo del escritor italiano posibilita nuevas hipótesis sobre las fechas en que Montalvo llevó a cabo la refundición de los materiales primitivos del *Amadís* y la composición, como él mismo dice, del libro IV con las *Sergas*. Según Erich W. Naylor²¹, la traducción de las *Caídas* se imprimió por vez primera en España en 1495, aunque desde 1422 ya circulaban varias versiones manuscritas. Montalvo bien pudo leer al certaldense en una de estas versiones. No obstante, si comparamos la fecha de la primera versión impresa de las *Caídas* con las alusiones en las que el medinés da por terminada la guerra de Granada²², la sospecha de que Montalvo empezó su trabajo poco antes o poco después de 1495, no deja de ser una posibilidad a tener muy en cuenta.

Notas

¹ Citamos el *Amadís* por la edición de J. M. Cacho Bleuca, *Amadís de Gaula*, Madrid: Cátedra, 1987-1988, 2 vol.; la mención de las *Caídas* se encuentra en las páginas 1301-02 del 2º vol.

² *Ibid*, *Introducción*, p. 51.

³ De la importancia de este tema en el siglo XV, J. Rubió i Balaguer en *Vida española en la época gótica* (Abadía de Montserrat, Bibl. Abat Oliba, 1985, p. 265) nos dice: «Nunca como en los últimos días del goticismo y en los albores del Renacimiento jugó ella su papel en la vida del hombre». Sobre el influjo literario de la fortuna pueden consultarse los trabajos de: E. R. Berndt, *Amor, muerte y fortuna en la Celestina*, Madrid: Gredos, 1963; O. H. Green, «Sobre las dos fortunas: de tejas arriba y de tejas abajo», en *Homenaje a Dámaso Alonso*, Madrid: Gredos, 1961, II, pp. 143-154; J. D. Mendoza Negrillo, *Fortuna y Providencia en la literatura castellana del siglo XV*, Madrid: Anejos B.R.A.E. (XXVII), 1973.

⁴ Según E. R. González y J. T. Roberts («Montalvo's recantation, revisited», *BHS*, LV, 1978, p. 207): «From the point of view of the moralist, Montalvo is more interested in the characters insofar as they reenact the process by which the 'mechanism' of history is observed — Divine Providence allowing Fortune to disgrace unworthy rulers — than he is in preserving the distinctive features of the characters themselves». Del mismo modo se podría interpretar la actitud de Boccaccio.

⁵ En el libro *Bocaccio y su época* (Madrid: Alianza Editorial, 1975, p. 48), Vittore Branca afirma que la concepción de la Fortuna como ministra general de la Providencia y de la Justicia divina, «permanece como idea-base en toda la obra de Bocaccio, repetida (...) en el *Corbacho*».

⁶ Citamos a Boccaccio por la edición de *Cayda de príncipes*, Alcalá de Henares, Juan de Brocar, 1552.

⁷ En el *Corbacho* (Madrid: Cátedra, 1981) el Arcipreste de Talavera descarta la influencia del hado y las estrellas, y reafirma el poder de la Providencia: «Pues bien parece que Nuestro Señor Dios es el que faze todas las cosas, e non otro fuera dél. Pues luego fados, planetas, signos nin ventura non han este poder, que antes son regidos e gobernados por Él e la su voluntad sus operaciones e çircuitos fazen con su permisión» (p. 240).

⁸ Citamos las *Sergas* por la edición de P. Gayangos, *Sergas de Esplandián*, Madrid: B.A.E., XL, 1874.

⁹ *El Amadís y el género de la historia fingida*, Madrid: Porrúa, 1982, p. 167.

¹⁰ En el *Corbacho* (ed. op. cit.) el episodio se desarrolla en las pp. 276-298; en el *Compendio de fortuna* (en *Prosistas castellanos del siglo XV*, II, ed. de F. Rubio, Madrid: B.A.E., 1964) aparece en las pp. 38-40. Sobre este tema puede consultarse el artículo: H. Goldberg, «Fifteenth-century Castilian Versions of Boccaccio's Fortune-Poverty Contest», *Hispania*, LXI, 1978, pp. 472-479.

¹¹ *Tratado de...* (en *Prosistas castellanos del siglo XV*, I, ed. de M. Penna, Madrid: B.A.E., 1959, pp. 141-146), p. 143.

¹² Poseídos por el pecado de la envidia, estos falsos consejeros acusan a Amadís de tener intenciones poco honestas. Según ellos confían a Lisuarte, lo que el héroe persigue con sus servicios «no parece sino ser en su mano de se alçar con la tierra como si derecho erederlo della fuesse» (*Amadís*, p. 888, cap. LXII, L. II).

¹³ Junto al elogio de la vida eterna, Boccaccio invita a los lectores a que se desentiendan de los bienes terrenales, puesto que son tesoros fugaces que sólo traen caídas y amargos cuidados. Así nos dice: «Por cierto, si los estados y riquezas con temor de las caydas poseedes, vos haredes como entendidos hombres y muy temerosos al poderoso Dios, del qual los estados grandes proceden» (*Caídas*, fol. 95, cap. VI, L. VI).

¹⁴ Siguiendo a Aristóteles, fray Martín de Córdoba identifica las riquezas como bienes de fortuna: «porque en ellos ella pone su trono e poder. Estos son: oro, plata, piedras preciosas, cavallos, rentas, posesiones, etc. Estos ella los da, ella los tira a quien quiere», *Compendio...*, op. cit., p. 7.

¹⁵ Según Boccaccio, la única «silla firme» para los humanos es la humildad. En ella no pueden influir los vaivenes de la fortuna: «Ca la silla perpetua, firme y muy durable es la sola humildad, la qual puede dar y otorgar y conservar que a la su silla ninguna tormenta le pueda empecer ni destruir, ni espíritu, por sañudo y bravo que sea, no la puede dañar» (fol. 5, cap. V, L. I). En los comentarios de Montalvo la reivindicación de la humildad y el respeto a la ley divina son dos ideas básicas, al servicio de la ideología providencialista.

¹⁶ La cruzada contra el infiel es un motivo temático que caracteriza la reconversión de la caballería artúrica en las *Sergas de Esplandián*, como ya apuntó S. Gili Gaya, «Las *Sergas de Esplandián* como crítica de la caballería bretona», *BBMP*, XXIII, 1947, pp. 103-111. Sin embargo, podemos pensar también, en función de las distintas intervenciones de Montalvo, que esta cruzada ficticia tiene una proyección real: una posible hipótesis relacionaría el entramado propagandístico de la obra con las campañas militares del rey Fernando en el norte de África, habiéndose consumado ya la conquista de Granada.

¹⁷ Montalvo piensa que los humanos deben usar de la templanza y la firmeza para resistir las adversidades de la fortuna. No obstante, la supuesta aceptación estoica de la ventura es utilizada con un fin didáctico: se intenta que el lector dirija su mirada no tanto a la consecución de las riquezas mundanales como hacia el servicio de Dios, del cual recibirá eternas recompensas.

¹⁸ *El Amadís y el Quijote*, Madrid: Editora Nacional, 1947, p. 88.

¹⁹ La misma postura sostiene J. M. Cacho Bleuca (*Amadís: heroísmo mítico-cortesano*, Madrid: Cupsa, 1979, p. 265): «Nos atreveríamos a asegurar que todos los comentarios le pertenecen, incluso por razones lingüísticas».

²⁰ Así lo demuestran E. R. González y J. T. Roberts en «Montalvo's recantation...» (art. op. cit.), pp. 207-209.

²¹ «Pero López de Ayala's Translation of Boccaccio's *De Casibus*», en *Hispanic Studies in Honor of Alan Deyermond. A North American Tribute*, Madison: H.S.M.S., pp. 205-215.

²² En concreto, se alude a la conquista de Granada en el *Prólogo* inicial del *Amadís*, p. 220, y en las *Sergas de Esplandián*, p. 505, cap. CII.